

Mari Yan

## Una gran escritora inglesa

**H**E leído hace poco la obra casi completa de Katherine Mansfield, y la viva impresión que ha producido en mí, me induce a escribir sobre ella y a señalarla al público como una de las figuras más interesantes de la literatura contemporánea.

Por el espíritu y la estructura de sus creaciones, esta escritora inglesa, nacida en Nueva Zelanda en la última veintena del siglo pasado y muerta muy joven, se adelantó a su época.

La concepción de sus novelas y cuentos es muy moderna. Y muy moderno también el estudio psicológico que hace de sus personajes. Al igual de Virginia Woolf y de Huxley, da gran importancia a los choques que producen en la sensibilidad humana, pequeñas visiones e incidentes de la vida diaria. En pinceladas cortas y netas, analiza y desmenuza estados de alma e impresiones íntimas producidas por hechos al parecer insignificantes. Es una maga de los detalles: saca partido de un vaso con flores, de la expresión de un rostro,

del rayo de sol que se posa sobre una ventana. Y de ese modo, ahondando y penetrando a la raíz de las cosas y al resorte que mueve las humanas vibraciones, nos da, en cada uno de sus cuentos, la sensación de la vida misma con todas sus complejidades y su realidad. Nunca se coloca en actitud literaria: derrama en sus cuentos la preciosa virginidad de sus emociones auténticas, sin falsificarlas con reminiscencias de otros autores ni con el inútil ropaje de la hermosa frase hueca.

Sin contar a Proust que fué el creador de este nuevo concepto en literatura, los modernos escritores ingleses son los que con mayor arte hacen la psicología de los seres ante los detalles, la psicología que no selecciona, que coge todo de la vida, lo vulgar y lo grande. Antes de Proust, el escritor, al hacer psicología, eliminaba lo que consideraba nimio y escogía aquellos hechos que a su parecer tenían importancia. Y al escoger, falseaba la vida que es grande y vulgar a la vez, falseaba a los seres cuya sensibilidad vibra a veces intensamente ante un hecho sin trascendencia y cuya personalidad, como un mosaico complicado, se va formando del choque de mil pequeñas impresiones.

En Katherine Mansfield encontramos ese arte de profunda observación psicológica, sin el cual no hay verdadero novelista. No es la fría y maravillosa intelectualidad de Huxley que en su psicología, verdadera disección de los seres, se asemeja al químico que hace un experimento, o al médico que realiza una autopsia.

No. En Katherine es su sensibilidad más que su inteligencia la que habla.

A través de toda su obra conserva su feminidad; lo que ella observa, un hombre no lo habría visto; lo que ella siente, un hombre no lo habría sentido; lo que ella dice, un hombre no lo habría expresado del mismo modo. Es una supersensible que se encuentra siempre mal entre sus semejantes, que arrastra consigo una eterna insatisfacción, un desencanto de todo, seres y cosas, y que lleva por doquier «esa corona de melancolía que lucen algunas frentes, como el indicio de un tesoro oculto».

En sus cuentos casi no hay trama; sólo sentimientos y lágrimas. Pero pone en ellos toda la emoción de su alma nostálgica y su imaginación la hace narrar con caracteres vivos, aquello que habría deseado vivir y que no vive.

Ama de corazón a los humildes y los desfigura para idealizarlos. Sus solteronas (Las hijas del difunto coronel y Miss Brill), son conmovedoras en su timidez, su desamparo, su emotividad exasperada. Dentro de su temperamento melancólico, se esconde un pequeño demonio de ironía y de gracia, y en algunos de sus cuentos, por ejemplo, en «Y don't speak french», encontramos deliciosos destellos de «humour».

Su novela corta «A German Boarding House», fué la primera de sus obras que la dió a conocer. Algunos años más tarde, «Prelude» y «Bliss» consagraron su celebridad. Pero, ya gloriosa, Katherine Mansfield no pudo, como era su anhelo, dedicarse toda entera a su

trabajo que constituía la pasión de su vida, porque una tuberculosis incurable minaba su salud.

Su diario íntimo, publicado después de su muerte por su esposo, John Middleton Murry, es bastante obscuro y encierra un lamento continuado. Nos muestra la línea de su monótona existencia, cadena de días idénticos que sólo difieren unos de otros por el matiz del cielo o por las vibraciones de su vida interior.

Escribir es su razón de vivir y tiembla ante la muerte sólo porque sufre de dejar su obra inconclusa. Dice, por ejemplo, en su diario: «No pido sino el tiempo necesario para escribir mis libros. Después, morir me será igual. Vivo para escribir. Siento la impresión de que tengo un deber que cumplir, de que alguien me ha fijado una tarea que debo llevar a cabo. Que me dejen concluir, sin prisa, dándole toda la belleza posible».

Y en otra parte: «¿Seré capaz de expresar mi amor al trabajo, a mi arte? Ha llegado a ser mi religión, porque no profeso otra; mi compañía, porque yo misma voy creando mis compañeros; mi vida, porque escribir es la vida. Me siento tentada de arrodillarme ante mi trabajo, de prosternarme, de permanecer en éxtasis ante la idea de la creación».

Aspiraba a vivir bajo un astro más ardiente que el sol británico. La gris y húmeda naturaleza inglesa no la atraía. «No deseo la Inglaterra, escribe. La Inglaterra me es inútil. Quiero decir que jamás habrá entre ella y yo un acercamiento. Detesto la ausencia en su

paisaje de todo aquello que conmueve; aún en el florecimiento de su naturaleza, no despierta en mí sino un profundo antagonismo. Si supiera que nunca iba a volver a ver el campo inglés, no sentiría pesar alguno».

Pero lejos de Inglaterra suspiraba por su patria lejana y sobre todo por los recuerdos de su infancia y de su adolescencia ligados al suelo británico.

Sus últimos días trascurren en Francia, en una casa teosófica de Fontainebleau, a donde la condujo su exaltación espiritual. Allí, en plena juventud, en plena producción intelectual, consagrada de lleno a la vida del alma, fué la muerte a encontrarla.

Y Francia, tierra de su predilección, guarda los restos de esta escritora cuyos cuentos, como joyas de valor, enriquecen la literatura moderna.